

Ideología y discurso científico: abordajes materialistas en torno a la relación ideología/ciencia

Luisina Bolla (U.N.L.P.) – luisinabolla@gmail.com

Felipe Pereyra Rozas (U.N.L.P.) – felipeprozas@gmail.com

1. Introducción

En el año 1977, Canguilhem declara retrospectivamente que sus análisis sobre ideología son deudores de las investigaciones de Althusser en dicho ámbito. Lo mismo podría decirse a la hora de caracterizar el trabajo de Michel Pêcheux. Los dos filósofos, por su parte, se inscriben en la línea epistemológica inaugurada en Francia por los trabajos de G. Bachelard (1884-1962). En este trabajo, intentaremos exponer la posición de ambos autores en lo que respecta a la problemática cuestión de las relaciones entre ideología y ciencia. Para ello, analizaremos dos escritos de la década del sesenta: 1) “Reflexiones sobre la situación teórica de las ciencias sociales, y de la psicología social en particular” (1966), de M. Pêcheux, escrito bajo el pseudónimo de Thomas Herbert y 2) “¿Qué es una ideología científica?” (1969), de G. Canguilhem.

Los ejes en torno a los cuales se desarrollará la exposición serán:

- 1) La relación existente entre ciencia e ideología, bajo el marco común de los trabajos de Marx, Bachelard y Althusser. A este respecto, nos preguntamos:
- 2) ¿Cuál es el vínculo que conecta las nociones de ciencia e ideología? ¿Cuál es la naturaleza de este vínculo? ¿Se trata de una relación de continuidad o por el contrario ambos términos se encuentran afectados por una heterogeneidad radical?
- 3) Establecer puntos de convergencia y divergencia entre las concepciones de Canguilhem y Pêcheux.

2. Ideología en las ciencias de la vida: el análisis filosófico de Georges Canguilhem

En 1969, Canguilhem pronuncia una conferencia ante la Academia Polaca de Ciencias, cuyo título indica tanto la necesidad como la dirección de una interrogación: “¿Qué es una ideología científica?”¹ La expresión “ideología científica”, que a primera vista se presenta como un oxímoron, como un mero juego conceptual producto del ocio teórico (*otium creatum*), es en cambio revelada por la *práctica* científica. Se trata de un concepto que surge de la experiencia misma en el campo de las ciencias y que designa la conflictiva relación entre el pasado de los conocimientos científicos y la “ciencia auténtica”. En términos epistemológicos, este problema asume la forma de una pregunta: ¿De qué es historia la historia de las ciencias? ¿Su objeto específico abarca sólo la “ciencia auténtica”, excluyendo todo “pasado” recusado como ilegítimo, inauténtico, no-científico? Según Canguilhem “es inevitable plantearse si la historia de lo que es ciencia auténtica debe excluir o tolerar o bien reivindicar y también incluir la historia de las relaciones de evicción de lo inauténtico por lo auténtico.” (Canguilhem, 2005: 43) El autor destaca la palabra elegida: “evicción”, desposesión jurídica de un bien adquirido de buena fe; podríamos decir quizás “expropiación”. Es en estos términos que se plantea la relación entre ciencia auténtica e ideologías científicas, bajo la forma de una desposesión o expropiación, lo cual ilumina el significado de la enigmática expresión de Canguilhem que da título a su conferencia.

Dijimos entonces que el problema de las “ideologías científicas” no se agota en algo así como una “prehistoria de las ciencias”, ya que no alude a un dilema historicista sino a una problemática característica de la constitución misma de los conocimientos científicos a lo largo de la historia: la (trans)mutación de ideologías en ciencia, la conformación de saberes específicos surgidos por diferenciación respecto de discursos antecedentes con pretensiones científicas. Expliquemos mejor el sentido de esta última frase y de la expresión “ideologías científicas”. El primer término del sintagma, difundido y reconocido a partir de la elaboración de Marx y Engels, ancla sus orígenes en los tiempos más remotos del bonapartismo. Los primeros ideólogos, filósofos franceses del siglo XVIII, acuñan el término “ideología” para designar la ciencia de la génesis de las ideas; en este contexto, “ideas”, lejos de su significación actual, denota una suerte de fenómeno natural que permite la conexión entre los seres humanos y el

¹ El texto de la conferencia se publicó por primera vez en la revista *Organon*, 7, Varsovia, 1970. La versión que aquí citamos se encuentra recogida en Canguilhem, 2005.

medio de vida (Canguilhem, 2005: 46). Los ideólogos, liberales y anticlericales, se entusiasman demasiado pronto con la política de Napoleón, “a quien consideraban el ejecutor testamentario de la Revolución Francesa” (*Íbid*); pero una vez devenidos antinapoleónicos, sufren el desprestigio de su opositor. Según Canguilhem, es precisamente Napoleón –difamando a sus enemigos políticos– quien invierte el sentido de la expresión “ideología”, la cual pese a sus orígenes antiteológicos y antimetafísicos adquiere una significación contraria: “fue él [Napoleón] quien invirtió la imagen que los ideólogos habían querido dar de sí mismos.” (*íbid*) Como bien indica Canguilhem, Marx permanece fiel al legado bonapartista al mantener el sentido de “inversión” en su caracterización de la ideología. La ideología, que designaba en un inicio una ciencia natural, es decir, el conocimiento de la adquisición de ideas extraídas de lo real, designa a partir del conflicto con Napoleón y en lo sucesivo “todo sistema de ideas producido como efecto de una situación inicialmente condenada a desconocer su relación real con lo real.” (Canguilhem, 2005: 47)

En efecto, en *La ideología alemana* Marx y Engels caracterizan la ideología como una inversión, que consiste en la falsa comprensión de la relación entre el conocimiento (“la conciencia”) y lo real (“la actividad concreta material de los hombres”). La ideología invierte el verdadero orden de causas al considerar que las ideas anteceden a las relaciones concretas, que la conciencia determina lo real. En este sentido, Marx opone las ideologías religiosas, políticas, económicas a la *ciencia económica* propuesta por él y Engels. Frente a toda ideología, y contra ella, se erige y legitima, en un único movimiento, el materialismo histórico: “La ciencia se autentifica a sí misma al rasgar el velo que es toda la realidad y la sola realidad de la ideología.” De este modo, Canguilhem afirma que dentro del esquema de *La ideología alemana*: “«Ideología científica» sería, pues, un monstruo lógico.” (Canguilhem, 2005: 47)

Si, en efecto, la ideología y la ciencia se oponen tanto como la economía política clásica o la filosofía alemana neohegeliana al materialismo histórico, la noción “ideología científica” aparece como uno de esos monstruos engendrados por el sueño (o el delirio) de la razón. Es por eso que en *La ideología alemana* Marx no incluye a la ciencia entre las formas de ideología:

Marx se dedica a mostrar que, confrontadas con la ciencia marxista de la economía, todas las ideologías económico-políticas se presentan como el efecto de una situación de clase que impide a los intelectuales burgueses percibir, en lo que creen es un espejo,

es decir, una ciencia indicadora de las cosas mismas, otra cosa que una imagen invertida... (Canguilhem, 2005: 47)

En la lectura que Canguilhem hace de Marx, la ideología asume una *función de compensación*, dado que, por un lado, indica sintomáticamente la existencia de la lucha de clases, señalamiento explícito que sin embargo se “compensa” con la negación teórica de la existencia de aquel conflicto, del cual depende no menos que su existencia. (Cfr. Canguilhem, 2005: 48)

Siguiendo a Marx, Canguilhem mantendrá la distinción ideología/ciencia como eje del análisis epistemológico, es decir, como clave de inteligibilidad para comprender la formación de los conocimientos científicos en la historia. Distanciándose de Marx, Canguilhem acercará ambos términos; aunque sería más preciso decir que es la propia actividad científica a lo largo de la historia la que produce dicho acercamiento, indicando una relación que es práctica antes que teórica. La historia de las ciencias, casi por definición, plantea la relación entre ideologías científicas y ciencias. Reingresa aquí, de este modo, la pregunta canguilhemiana del inicio: *¿De qué es historia la historia de la ciencia?* Si no quiere verse reducida a una tematización del estado actual de la ciencia – única ciencia auténtica, *stricto sensu*– la historia de las ciencias (en plural) debe enfrentarse al problema de los criterios históricos que determinan qué es considerado ciencia en una determinada época y qué no lo es, lo cual conduce inevitablemente a la pregunta por el estatuto de las ideologías científicas. *¿Cómo delimitar “esos pseudosaberes cuya irrealidad surge por el hecho y por el solo hecho de que una ciencia se instituye esencialmente en su crítica”?* (Canguilhem, 2005: 45)

Ahora sí estamos en condiciones de abordar el concepto clave. Según el análisis de Canguilhem, las ideologías científicas presentan una serie de características:

- 1) “Cada ideología científica tiene una historia.”

Las ideologías científicas alcanzan su fin cuando una ciencia las destituye del lugar que ocupaban en la enciclopedia del saber. Este movimiento de evicción constituye negativamente (por exclusión) un dominio de no-ciencia, un momento pre-científico. Las falsas ciencias, en cambio, no tienen historia, en la medida en que no pueden ser refutadas. “Lo característico de una falsa ciencia es no encontrarse jamás con lo falso, no tener que renunciar a nada, no cambiar nunca de lenguaje.” (Canguilhem, 2005: 50) Ello nos conduce al segundo punto;

- 2) “Al revés que la ideología política de clase, una ideología científica no es una falsa conciencia. Tampoco es una falsa ciencia.” (Canguilhem, 2005: 50)

Las ideologías científicas constituyen discursos con *pretensión de cientificidad*, esto es, aspiran explícitamente a ser ciencias. La marca distintiva de dicha ambición es que las ideologías científicas se construyen a semejanza de algún modelo de ciencia ya constituido, al cual tienden asintóticamente. Frente a estas ideologías científicas, se alzan las falsas ciencias y las ideologías religiosas, que se caracterizan por la ausencia de pretensión científica.

- 3) La ideología científica se distingue de la religión, la magia y la superstición.

La ideología científica ocupa un sitio en el espacio del conocimiento y no en el espacio de la religión. En efecto, las ideologías científicas asumen la función de ciencia; si bien hacen esto de manera impropia, no por eso rechazan dicha función, a la manera de las ideologías religiosas o las supersticiones, que constituirían la ignorancia frente al conocimiento. De este modo, las ideologías científicas constituirían la no-ciencia de la ciencia, discursos que pretenden ser científicos sin lograrlo, mientras que la religión constituiría el dominio opuesto a la ciencia, la anticencia.

- 4) Las ideologías científicas se distinguen de los *discursos de los científicos*.

Las ideologías científicas no se identifican con las explicaciones que los científicos aducen a la hora de teorizar o legitimar su práctica: éstas son ideologías filosóficas, no científicas. Así, mientras que los discursos de los científicos constituyen ideologías filosóficas, los discursos de los filósofos más de una vez constituyen ideologías científicas. Se trata en este último caso de “discursos con pretensión científica proferidos por hombres que no son todavía, en la materia, más que científicos presuntos o presuntuosos.” (Canguilhem: 2005: 57)

- 5) La ideología científica está sobre-situada y de-portada con respecto al sitio que llegará a ocupar la ciencia.

Entre las ideologías científicas y las ciencias que las destituyen no existe una relación de continuidad sino de *ruptura*. Este concepto, tomado de la epistemología bachelardiana, asume un rol fundamental en la teoría de Canguilhem. Para reforzar la argumentación, Canguilhem analiza una ideología científica concreta: el atomismo. Se

trata de una ideología científica cuya historia se remonta a la Antigua Grecia y cuyo fin se fecha en el siglo XIX, con el conocimiento científico del átomo que posibilitan la física y la química. Desde la posición de Canguilhem, sería erróneo ver en los atomistas antiguos los “predecesores” de la teoría atómica moderna. Canguilhem se refiere a esta tendencia como el *virus del precursor*: “Un precursor sería un pensador, un investigador que antaño habría hecho un tramo de camino que otro terminó recientemente.” Y añade taxativamente: “El encuentro y la celebración de los precursores es el síntoma más nítido de ineptitud para la crítica epistemológica.” (Lecourt, 2009: 62-63) Por el contrario, entre la ideología atomista y la teoría atómica existe una ruptura, la cual se manifiesta como un cambio de problemática, doblemente expresado en un cambio de objeto teórico y de terreno:

Cuando, en el siglo XIX, la química y la física constituyeron el conocimiento científico del átomo, el átomo no apareció en el punto que la ideología atomística le asignaba, el lugar de lo indivisible. Lo que la ciencia encuentra no es lo que la ideología instaba a buscar. (Canguilhem, 2005: 51)

En este caso, como bien nos advierte Canguilhem, la persistencia de las palabras no cumple ningún papel. Entre el átomo de Demócrito y Lucrecio y el átomo científico no existe ninguna afinidad conceptual: aquello que para la ideología era simple e indivisible se revela a la ciencia en su carácter complejo.² Así, toda ideología científica se ve *deportada* por la ciencia que se instituye en el dominio donde aquella pretendía reinar.

Ello permite a Canguilhem concluir su caracterización de las ideologías científicas con la siguiente afirmación: “Una ideología siempre precede a una ciencia en el campo en el que esta llegará a instituirse; una ciencia siempre precede a una ideología, en un campo lateral al que esta apunta indirectamente.” (Canguilhem, 2005: 57) Debemos detenernos en esta última frase, que no sólo expresa la síntesis de lo argumentado hasta el momento sino que va aún más lejos, al postular una alternancia recíproca entre las ideologías científicas y la ciencia actual: ambas se preceden mutuamente en un movimiento cíclico que parece no alcanzar un término final. De este modo, según Canguilhem, las ideologías científicas son la prehistoria de toda ciencia, y a la inversa, toda ciencia (presente) es la prehistoria de alguna ideología científica.

² Lo mismo ocurre con la teoría de la herencia de Mendel: lo que a él le interesa es justamente lo que sus supuestos predecesores descuidan, y viceversa. (Cfr. Canguilhem, 2005: 52-53)

La relación entre ciencia e ideología científica, planteada de tal modo, se afirma como una relación histórica, enlazada a partir de la antedecencia. Pero entonces, ¿recae su epistemología en una teoría del “predecesor”? ¿No es esto precisamente a lo que se oponía Canguilhem? No, a condición de que entendamos (como él) dicha relación desde la óptica bachelardiana de la ruptura, como una antedecencia discontinua, deportada, expropiada.

Sin embargo, la relación entre ideología y ciencia queda definida de manera confusa; quizás sería más preciso decir que no llega a ser definida, aunque sí indicada. Canguilhem concluye su conferencia afirmando la coexistencia de un *doble registro*, de una simultánea unión y separación entre ideología científica y ciencia. A la vez entrelazadas en una relación de precedencia mutua, ideología y ciencia deben ser distinguidas. La clave para operar esta distinción no es otra que la epistemología histórica, cuyo registro es siempre el de la ruptura. Sin embargo, parece que a cada ciencia le llega su hora, ya que la ruptura no impide que alguna ideología científica comience a perfilarse, recortándose a partir de las sombras, de los huecos de la ciencia. Toda ciencia precede a una ideología, como sitio al que apunta indirectamente. Si esto es así, entonces la relación entre ciencia e ideología es una variante de la relación absurda que Sísifo tenía con la piedra. Como decía Althusser, la ideología se infiltra en los silencios de la teoría, aprovechando los espacios vacíos, intentando absorber la ciencia para devolverla a la masa ideológica de la que emergió al romper con ella. (Cfr. Althusser, 2000: 97-98) Resistir la reabsorción ideológica, desde esta perspectiva, sería entonces una posibilidad abierta. ¿Cómo detectar entonces la “invasión” ideológica? ¿Existe alguna garantía que permita dar cuenta de la científicidad del discurso científico, una vez realizado el momento inaugural del corte epistemológico? En este punto, sin decirlo, en su “silencio sintomático”, el planteo de Canguilhem se aproxima al de Pêcheux, al poner de relieve la determinación de las ideologías científicas por la función político-social que están llamadas a cumplir. Volveremos al final sobre estas cuestiones.

3. Michel Pêcheux: hacia una teoría general de las ideologías

En el artículo titulado “Reflexiones sobre la situación teórica de las ciencias sociales, y de la psicología social en particular” del año 1966, Michel Pêcheux interviene en su coyuntura teórica extendiendo los análisis althusserianos en torno a la noción de ideología, para desarrollar el punto de partida de una *teoría general de las ideologías*. Dicha empresa es el correlato de la aparición del materialismo histórico. Ahora bien, si el acontecimiento teórico que lleva el nombre de Marx ha constituido la condición de posibilidad para formular una ciencia de las formaciones sociales, el desarrollo de esta ciencia aún no se ha constituido como tal. El principal obstáculo epistemológico para desarrollarla lo constituyen una serie de disciplinas orientadas a la adaptación-readaptación de las relaciones sociales a la demanda social; dichas disciplinas llevan el nombre de “ciencias sociales”. Pero si toda ciencia es ciencia de una ideología, las ciencias sociales, en tanto teoría ideológica de la ideología, no se limitan a ser un obstáculo epistemológico sino que son ellas mismas la materia prima que una práctica científica debe transformar para producir un conocimiento de la ideología en general, es decir, para producir una teoría general de la ideología. En el presente apartado desarrollaremos los aportes de Pêcheux a las indagaciones althusserianas en torno a las relaciones entre ciencia e ideología en general y, en particular, sus críticas a las llamadas “ciencias sociales”. En este sentido, la cuestión a plantear no será si las ciencias sociales tienen derecho a la existencia como tales, sino que “dado que las ciencias sociales existen y tienen ‘local propio’, ¿sobre la base de qué necesidad de la estructura histórica global existen?” (Herbert, 1971:202)

a) Práctica técnica y práctica política/ “Ideologías nube” e “ideologías cemento”

Si la pregunta por el lugar de las ciencias sociales nos remite al de la necesidad que las estructura como tales dentro de la totalidad compleja, para su análisis nos vemos remitidos al factor determinante de toda totalidad social, es decir su modo de producción. Al nivel del modo de producción podemos distinguir las fuerzas productivas y las relaciones de producción, es decir la organización compleja de la práctica política y la práctica técnica, que en su conjunto constituyen la *práctica empírica* o el nivel de lo vivido, es decir la vida concreta de los hombres. Ahora bien, si el nivel de la práctica empírica se encuentra en continuidad con la práctica ideológica cabe distinguir, sin embargo, formas particulares de ideología según se deriven de la

práctica técnica o la práctica política. Esto nos lleva en el análisis de Pêcheux a una primera constatación según la cual “la ideología se presenta primero como un *subproducto de la práctica técnica*” (Herbert, 1971: 202).

Pêcheux retoma la definición althusseriana de “práctica”, según la cual práctica *en general* es entendida como “todo proceso de transformación de una materia prima dada determinada en un producto determinado, transformación efectuada por un trabajo humano determinado, utilizando medios (de ‘producción’) determinados” (Althusser, 2011: 136). A partir de esta definición general, Pêcheux define la práctica técnica en tanto práctica particular como la “transformación de materias primas extraídas de la naturaleza -o producidas por una técnica previa-, en productos técnicos, mediante instrumentos de producción determinados” (Herbert, 1971: 199).

Pêcheux presenta una primera ley que da cuenta de la estructura de la práctica técnica según su modo específico de articulación con las restantes prácticas del todo social. La práctica técnica manifiesta la necesidad de una *estructura teleológica externa*. En efecto, mientras que la práctica técnica tiene como fin un producto, la necesidad que rige su producción se encuentra definida por fuera de ésta, en la “demanda social”. En palabras de Pêcheux diremos que “el lugar donde se define la carencia que asignará su función a esa técnica en particular, no es la técnica misma, sino el todo organizado de la práctica social...” (Herbert, 1971: 203).

Una segunda ley rige a la práctica técnica, según la cual ésta procede por operaciones destinadas a la “realización de lo real”. Es decir que la práctica técnica acusa en su interior una estructura de repetición especular, consistente en la producción de su objeto mediante una proyección de lo real.³ La práctica técnica empírica procede simulando preguntas que luego verifica, “por adecuación progresiva de sus instrumentos a lo ‘real’”, es decir a su campo práctico: toda técnica es realista en la medida en que provoca una respuesta de lo “real” a sus preguntas” (Herbert, 1971: 204). El modo de funcionamiento de esta práctica supone así la importación de conocimientos científicos y la aplicación mecánica repetida de reglas conducentes a la reproducción manipulable del objeto.⁴

³ Dicha proyección se realiza “mediante un instrumento simulador” y la verificación de ese real proyectado mediante un “instrumento-verificador”

⁴ Como caso concreto de lo que aquí se presenta de modo abstracto pueden citarse los experimentos de Broca: en efecto, la craneología verifica, mediante una “realización de lo real”,

A partir de lo expuesto, Pêcheux puede justificar aquella primera constatación según la cual “la ideología se presenta primero como un *subproducto de la práctica técnica*” (Herbert, 1971: 202). Los conceptos operatorios que rigen la realización de lo real por parte de las prácticas empíricas técnicas pueden articularse y devenir una ideología de tipo particular al desprenderse de su función original en el proceso de trabajo. Estas ideologías son esencialmente inesenciales tanto a la práctica técnica como a la práctica social y es por ello que Pêcheux las denomina “ideologías nube”. Cuando una ideología se desprende de la práctica técnica que le dio origen, “‘la realización de lo real’ puede entonces funcionar libremente pero como transformación ideológica de ese ‘real’ que había encontrado la práctica técnica, suministrando una medida de ese real primitivo a través de un discurso que lo reduce a su imagen ideológica” (Herbert, 1971: 206). Este tipo de ideologías son inesenciales respecto del todo complejo puesto que su desaparición no pone en cuestión la reproducción de una totalidad social.

Formando una unidad con la práctica técnica y vinculada con una forma de ideología diferente encontramos a la práctica política. Si podíamos constatar que la práctica técnica se encontraba determinada por la demanda social, la práctica política (definida como la transformación de relaciones sociales dadas por medio de instrumentos políticos y que tiene por resultado nuevas relaciones sociales producidas (Herbert, 1971:200) constituye el lugar donde la demanda es formulada. La práctica política, que se encuentra en una relación de interdeterminación con la práctica técnica, supone a su vez una relación con otro tipo de ideologías, a las cuales Pêcheux llama “ideologías cemento”, y que presentan un carácter muy diferente al de las “ideologías nube”. En efecto, lo que caracteriza a las ideologías cemento es que ellas son esenciales a la práctica social, “puesto que la exigencia social se formula a través de ellas dentro de la práctica política” (Herbert, 1971:209). Se trata de formaciones discursivas del tipo del derecho o la moral, cuyo funcionamiento consiste en la transformación de las relaciones sociales dadas en la práctica política. Ellas permiten garantizar la reproducción de las relaciones de producción, logrando que la estructura global de la práctica social no se modifique. En este sentido, y puesto que la ideología es el objeto de la práctica política, lugar de la formulación de la demanda social, Pêcheux afirma que “en la política, la ideología es el poder que trabaja” (Herbert, 1966: 209).

las preguntas para las cuales ya existen respuestas anticipadas, las cuales no hacen más que ratificar los prejuicios ideológicos que estructuran la pseudo-teoría. Cfr. Gould, 1988.

b) Ciencia, ideología y ciencias sociales

A partir de los desarrollos precedentes sobre la práctica técnica y la política podemos dar cuenta de la especificidad de las ciencias sociales. Para Pêcheux las “ciencias sociales” no constituyen “ni una simple técnica, ni una pura ideología, sino la interdeterminación de una técnica (tomada, al menos al principio, de las técnicas de transformación de la materia), y de una ideología que concierne las relaciones sociales (objeto de la práctica política)” (Herbert, 1971: 212). En efecto, las ciencias sociales presentan aspectos propios de la práctica técnica en tanto que se encuentran determinadas por la demanda social. En las ciencias sociales “lo que cuenta es la adecuación de las obras a las “necesidades ideológicas” de un grupo social o de una sociedad en un momento dado” (Herbert, 1971: 213). El otro elemento identificado a propósito de la práctica técnica, la “realización de lo real”, opera con igual rigor en las ciencias sociales. Tal como afirma Pêcheux “los instrumentos y los modelos, importados o nativos, tienen la función de plantear la pregunta repetitiva de la adecuación exitosa. Los instrumentos son en sí mismos respuestas simuladas que ponen a prueba (...) lo real psicosociológico, en un trabajo de ensayo y error” (Herbert, 1971:213). Las técnicas de medición y manejo, como la encuesta de opinión y la estadística, se resumen en una operación doble de descripción y prescripción, es decir la *exploración-transformación* de la exigencia social mediante la importación de herramientas científico-técnicas: se trata de la operación ideológica fundamental.

A la vez que operan mediante la importación acrítica de instrumentos de la práctica técnica, Pêcheux afirma que las ciencias sociales son una prolongación de aquellas ideologías que se encuentran adheridas a la práctica política, es decir, de las “ideologías cemento”. Las ciencias sociales concurren a la adaptación-readaptación de las relaciones sociales a la totalidad compleja. La psicología, la sociología y la psicología social se presentan como prácticas de producción de ideología, es decir como expresión de la práctica social global. De este modo, el conjunto de las ciencias sociales en la coyuntura en la que Pêcheux interviene constituyen un índice del “núcleo ideológico en el todo complejo, en forma de *discurso fragmentario, que tiene la coherencia de una neurosis, y soporta una función determinada respecto del todo complejo estructurado*” (Herbert, 1971: 221).

El conjunto de las ciencias sociales se presenta así como el primer obstáculo para el desarrollo de una ciencia de las formaciones sociales. En la medida en que funcionan en continuidad con aquellas ideologías cemento, destinadas a “mantener todo en su lugar”, su cuestionamiento supone el cuestionamiento de la estructura social en su totalidad. Sin embargo, “el conjunto de estos medios teóricos y prácticos constituye, *en su conjunto*, una “materia prima” que debe y puede ser transformada” (Herbert, 1971b: 228). La práctica científica, siendo radicalmente diferente de la ideológica, nace a partir de una ruptura con una ideología. Su materia prima es el objeto real ideológico del que toma distancia a partir de un trabajo de transformación que se resuelve en un conocimiento de aquel real del que había partido. En este sentido, la crítica de las llamadas ciencias sociales es el punto de partida necesario para la construcción de una teoría científica de las ideologías.

Respecto de la especificidad de la práctica científica, tal como la presenta Pêcheux, existen dos rasgos característicos que permiten diferenciarla de las ciencias sociales, definidas estas como la “aplicación de una técnica a una ideología de las relaciones sociales” (Herbert, 1971: 215). En primer lugar, la práctica científica debe operar en contra de la demanda social, y por tanto la estructura teleológica externa que se constataba en la práctica técnica no puede verificarse en el caso de la producción de conocimientos. En segundo lugar, la práctica científica no opera por medio de la realización de lo real, sino que su punto de partida y su producto son esencialmente heterogéneos. El producto de la práctica teórica “no es “real”: en otros términos, no es homogéneo con la ideología criticada, y no puede ser evaluado con respecto a lo real, como realización de este último” (Herbert, 1971:217).

4. Conclusiones

El análisis de Pêcheux, de este modo, caracteriza diferencialmente ciencia e ideología teórica, partiendo de la manera en que una y otra se articulan con las restantes prácticas del todo complejo. En este sentido, el concepto de demanda social, que remite a la estructura teleológica externa, funciona como pivote a la hora de distinguir las ideologías teóricas de la práctica científica.

En el caso de Canguilhem, tal como hemos visto, el epistemólogo no logra definir de manera clara la relación entre ciencia e ideología. Sin embargo, indica una dirección de respuesta, al proporcionar claves prácticas para el trabajo epistemológico: la tarea del epistemólogo es hacer una historia, no de los *hechos de verdad* (historia ideológica de las ciencias, marcada por la continuidad) sino de las *normas de verificación*, cuya depuración instituye a las ciencias y destituye a las ideologías. Se trata aquí de defender una historia no ideológica de las ciencias, que entienda la separación ideología/ciencia como ruptura epistemológica. Desde esta perspectiva, la historia de las ciencias analiza la historia de cada ciencia como la “purificación elaborada de normas de verificación” (Canguilhem, 2005: 58), lo cual obliga a incluir las ideologías científicas como problemática epistemológica.

El análisis canguilhemiano de las ideologías científicas puede ser puesto en paralelo con la indagación pècheuxiana sobre las ideologías teóricas. Para Pêcheux, una ciencia se desarrolla en contra y a pesar de la demanda social, mientras que las formaciones discursivas ideológicas –en cambio- no son sino el lugar donde la demanda es formulada y las relaciones sociales readaptadas. Estos discursos pseudo-científicos que se forman (y hacen juego) en contacto directo con la práctica política deben ser puestos en relación con su función social. El análisis de Canguilhem, en cambio, se presenta a primera vista como una elucidación meramente epistemológica; así, la diferencia entre ciencia e ideología parecería resolverse al interior de la historia de las ciencias, terreno más o menos desligado del ámbito sociopolítico. Sin embargo, Canguilhem no niega las funciones sociales que cumplen las ideologías científicas, estructuradas –como plantea Pêcheux- en torno a una demanda social.

Este último aspecto permite aproximar las posiciones de Canguilhem y Pêcheux, teniendo en cuenta la función social que ambos conceden a las ideologías científicas/teóricas. Para demostrar esta proximidad, retomaremos dos ejemplos donde Canguilhem se refiere a dicha función social: el caso de la psicología y el de la ideología de la herencia. En “¿Qué es la psicología?” [1956], Canguilhem caracteriza a la psicología de su tiempo como una técnica, una mera importación de elementos provenientes de una ideología que tiene como función garantizar la adaptación de los individuos a un determinado medio. Esta supuesta ciencia responde entonces a una demanda social. En palabras de Canguilhem (2009): “[La psicología] está inspirada en su totalidad por la búsqueda de las leyes de la adaptación a un medio socio-técnico...”

(p.404) Y también: “Esta psicología [del comportamiento] y estos psicólogos olvidan por completo situar su comportamiento específico en relación con las circunstancias históricas y los medios sociales en los cuales se ven inducidos a proponer sus métodos o técnicas y ganar la aceptación de sus servicios.” (p.401)

Otro ejemplo de articulación entre ideología científica y demanda social lo constituye el análisis canguilhemiano de la “ideología científica de la herencia”. Las teorías pre-mendelianas de la herencia cumplían diversas funciones sociales: por un lado, satisfacían la demanda propulsada por los bestiaros del siglo XVIII, ávidos de híbridos y de monstruosidades; sin embargo, su función última concurría a “aportar soluciones a problemas jurídicos de subordinación de los sexos, de paternidad, de pureza de linajes, de legitimidad de la aristocracia.” (Canguilhem, 2009: 53) A ello se sumaban intereses botánicos y agronómicos, que buscaban variedades híbridas más beneficiosas. Mendel, en cambio, no se interesó “en los híbridos más que para romper con la tradición secular de interés por la hibridación. No se interesa en la sexualidad ni en la querrela de lo innato y lo adquirido (...) sólo se interesa en verificar, gracias al cálculo de combinaciones, las consecuencias de su hipótesis.” (Canguilhem, 2005: 53) La teoría mendeliana aparece de este modo, en su origen, ajena a toda función social, produciendo conocimientos que no son requeridos por la demanda social de su época (lo que no impide, sin embargo, que pueda y haya sido reabsorbida por las ideologías como una técnica al servicio de objetivos exteriores a la ciencia).

Tanto Canguilhem como Pêcheux concluyen en una concepción similar de lo que constituye una ideología científica/teórica. A partir de sus desarrollos, podemos discriminar la ciencia de la ideología, el plano de la ruptura teórica con el espacio de la reproducción de las relaciones sociales, en función de su vinculación (o no) con la demanda social. Así, para ambos la ideología es heterogénea con respecto a las ciencias, si bien es posible y necesario comprender los vínculos entre una y otra. En el planteo de Pêcheux, el reconocimiento del conjunto de las ciencias sociales como formación discursiva ideológica constituye el objeto de transformación y el punto de partida para una teoría científica de las formaciones sociales (materialismo histórico). El desconocimiento de este hecho constituye el obstáculo a superar, cuyo costo no es menos que el permanecer en la pseudo-cientificidad de la readaptación de los sujetos a las relaciones político-técnicas existentes. El estado actual de gran parte de las ciencias sociales revela la vigencia de este planteo; basta con pensar en los tests psicofísicos, que

son la tecnocracia de cualquier empleo; en el auge de teorías de corte biologicista, en el uso y abuso de estadísticas, en el paradigma biopolítico de la medicalización, entre tantos ejemplos posibles. Ya lo había dicho Canguilhem en 1977: “Equivocarse es humano, perseverar en el error es diabólico.” (Canguilhem, 2005: 9)

Bibliografía

- Althusser, L. (2000) *Para leer el Capital*. México: Siglo XXI.
- Althusser, L. (2011) *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo XXI.
- Canguilhem, G. (2005) *Ideología y racionalidad en la historia de las ciencias de la vida. Nuevos estudios de historia y de filosofía de las ciencias*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Canguilhem, G. (2009) “¿Qué es la psicología?” en *Estudios de historia y filosofía de las ciencias*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gould, S. (1988) *La falsa medida del hombre*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Herbert, T. (1971) “Reflexiones sobre la situación teórica de las ciencias sociales, y de la psicología social en particular” en Eliseo Verón (ed.) *El proceso ideológico*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- Herbert, T. (1971b) “Notas para una teoría general de las ideologías” en E. Verón, *Op.Cit.*
- Lecourt, D. (2009) *Georges Canguilhem*. Buenos Aires: Nueva Visión.